

Estaba la torre adosada al templo, y tenía sus habitaciones elevadas, y ante sí, según se puede deducir por conjeturas, un atrio al aire libre de buenas proporciones, rodeado de pórticos, empedrado de losetas o cantos rojos, y comunicado con las galerías de la fortaleza adjunta por una o dos escaleras de mármol. Una de ellas es la *Escala Santa*, que hoy se conserva en Roma, en San Juan de Letrán, alta, de veintiocho gradas de mármol blanco, anchas, de más de tres metros las ocho primeras, y de dos y medio las otras veinte. Hoy los fieles en Roma las suben de rodillas en reverencia de haber subido y bajado Jesucristo por ellas. Este sitio, en el cual estaba una tribuna móvil llamada *bema*, era el *Litostrotos* o el *Gábbata* de que nos habla el Evangelio con los dos nombres. *Litostrotos*, es decir, *empedrado*, le llamaban en griego, por ser su pavimento de piedra, *Gábbata*, es decir, *altura*, le llamaban en hebreo por estar algo elevado.

Allí habitaba el Procurador Poncio Pilatos. Su nombre Poncio indica la familia Poncia a que pertenecía, no muy noble probablemente, como quiera que el cargo de procurador, que tenía, solo lo ejercían por aquel tiempo libertos, o, cuando más, caballeros del orden ecuestre, de ninguna manera patricios. Pilatos sería el sobrenombre alusivo a algún suceso suyo o de su familia, que dijese relación al dardo, *pila* en latín, de donde estaba sacado.

Si es verdad, como lo dice el Evangelio apócrifo de Nicodemos, que su mujer se llamaba Claudia Procla, pudiera ser que por ella estuviese emparentado con patricios de la familia Claudia, si ya ella también no era otra mujer de origen liberto, de alguna familia manumitida por los Claudios, la cual le prestó su nombre al dar libertad a su familia.

Ejerció su cargo desde el año 26 de Jesucristo hasta el 37, gobernando siempre su provincia según su carácter. La cualidad en él más notable era la debilidad. Odiaba al pueblo judío, y lo miraba más bien como a rebaño que tenía que cuidar y esquilar, que como a pueblo que tenía que gobernar. Y como débil se valió en muchas ocasiones más de la violencia y de la audacia que confía en las armas, que de la prudencia y el talento.

Esta debilidad que unas veces, cuando se desataba, le hacía precipitarse demasiado, y otras cuando se contenía, no decidirse a nada, según encontrase delante adversarios fuertes o tímidos, le hizo cometer no pocos desaciertos en su gobierno, y comprometer a veces su autoridad, como le sucedió el principio de su procura. Quiso entonces obligar a los judíos a que dejaran circular al descubierto por Jerusalén las águilas e insignias militares, que por conceptuarlas los judíos como ídolos, por respeto a su religión solían enfundarse mientras circulaban por Palestina. Pero al punto se encontró con que una comisión de muchísimos personajes se le metía en su palacio de Cesarea para reclamar contra sus disposiciones. Amenazóles él con la muerte si no se retiraban, creyéndolos aterrar de este modo. Mas viendo que ellos sin atemorizarse persistían resueltos a morir antes que ceder, retiró su palabra y retractó su orden. Conforme a este hecho fué todo su gobierno, mezcla y variación sucesiva de audacias y debilidades.

Este era el hombre a cuyas manos venía ya la causa de Jesucristo. Los sanedritas que se la entregaban sabían bien sin duda, que podían contar con la complacencia final de Pilatos.

268. LA ACUSACIÓN ANTE PILATOS

(J. 18, 28-38; L. 23, 2-7; Mc. 15, 2-5; Mt. 27, 11-14)

Llegaron al palacio de Herodes según creemos como de siete a ocho. Iba ya de seguro, tras ellos no poca turba de curiosos, de los que enterados de los sucesos de la noche anterior acudían ansiosos de ver el sesgo que tomaba aquel tan difícil y curioso negocio.

Y aunque madrugaron mucho los jueces, por la prisa que tenían, y el deseo de acabar con su enemigo por sorpresa y aquel mismo día, antes de que el pueblo pudiese impedirlo y aun darse cuenta suficiente de ello, no por eso cogieron desprevenido a Pilatos, que ya por los soldados de la cohorte había recibido cuenta de lo que en la prisión del huerto había acontecido.

Llegados a los arcos que daban entrada en el pretorio, mandaron delante al preso, y junto un recado diciendo que ellos estaban fuera, que no entraban por no contaminarse

y poder comer las víctimas de pascua y asistir a sus solemnidades, y que se dignase salir fuera.

Recibió Pilatos al reo maniatado, oyó el recado, dióse cuenta en seguida del odio con que procedían los sanedritas.

No es posible que Pilatos no conociese de oídas a Jesús, y acaso lo había visto. Por poco que supiese y entendiese de su provincia, sabría y entendería algo y aun bastante de lo que de Jesús Nazareno se había hablado, y en especial de sus diferencias con los sanedritas. Así, pues, por todo esto, y por lo que de la noche anterior había oído, debía estar prevenido. Acaso, sin embargo, no esperaba que los judíos pusiesen en sus manos la causa del Nazareno, y le sorprendió su llegada.

Parece que le puso de mal humor el que viniesen a él con reo de tal calidad y compromiso. Deferente sin embargo a los escrúpulos religiosos de los fariseos que no querían entrar en casa pagana, salió a ellos fuera a la entrada del atrio y les preguntó un poco desabridamente, y, a juzgar por la respuesta, en tono de duda y de recelo:

«—¿Qué acusación traéis contra este hombre?»

Los sanedritas que debían conocer a Pilatos y estar acostumbrados a sus intemperancias, lejos de amedrentarse le contestaron con insolencia y en el mismo tono, y dándose por ofendidos de que se dudase de ellos le dijeron:

«—Si este no fuese malhechor, no te lo hubiéramos entregado!»

Entonces Pilatos, cogiéndoles por sus palabras y deseando librarse de la causa, dándose al propio tiempo como por satisfecho de su justicia de ellos, les dijo:

«—Tomadle, pues, vosotros, y juzgadle según vuestra ley». Vosotros decís que es malhechor; yo os lo creo; pero bien, juzgadle vosotros y castigadle; yo doy por bien hecho cuanto hagáis.

»Dijeron entonces los judíos:

»—A nosotros no nos es permitido dar muerte a nadie».

Quedaba ya revelado su intento. Su intento era no darle una pena cualquiera, como parecía suponer el Procurador, sino la pena de muerte. Para eso venían a él, y si no lo había entendido desde el principio, se lo decían ya bien claramente.

Y nota San Juan que con esto se iba a cumplir la profecía que Jesús había hecho señalando qué clase de muerte había de tener. En efecto, cuatro veces por lo menos había Jesús predicho su muerte de cruz: a los Apóstoles, a Nicodemos, a los Sinedritas mismos y a la plebe, en tiempo en que tal profecía era completamente increíble.

Sobre si los judíos tenían o no derecho de muerte, disputan bien los doctores. Lo que me parece más probable es que lo tenían, pues dieron muerte a San Esteban y también a Santiago el Mayor, y puédesse citar la degollación de San Juan Bautista por Herodes. Pero durante los días de la pascua no podían dar muerte a nadie. Además lo que ellos deseaban para Jesucristo era la muerte de cruz, y con este intento principalmente iban al Presidente, y remitían a él la causa, aun haciendo contra su amor propio y nacional.

Al escuchar Pilatos que se trataba de pena de muerte, debió tomar el asunto más en serio y despacio, y según el estilo romano, y aun según todo derecho de no condenar a nadie sin examinar y discutir la causa; y debió sin duda preguntar cuál era el delito porque exigían para aquel hombre tan extrema pena.

«Comenzaron, pues, ellos a acusarle diciendo:

»—Hemos hallado a este revolviendo a nuestra gente, prohibiendo dar tributo al César, y diciendo que él era Mesías rey».

Con mucha habilidad, y más bien astucia, vése cómo los pérfidos sanedritas cambiaron la faz de toda la causa ante Pilatos. Para ellos era reo de muerte porque se había hecho Hijo de Dios, por blasfemo. Ante Pilatos presentan otras querellas distintas del todo de las que presentaron e hicieron valer en su tribunal: que rebelaba la gente, que prohibía dar tributos, que se hacía rey, el rey esperado del pueblo judío. Causas verdaderamente gravísimas, de lo más grave que se podía presentar ante el tribunal de un gobernador romano encargado de velar por la soberanía del César.

Caviloso quedó Pilatos ante tan formidables capítulos de acusación. Y deseoso sin duda de informarse más despacio, entró dentro, no ya del pórtico, sino del pretorio, sin duda

a alguna habitación interior, que sería su despacho; y allí sin más testigos que su secretario y los suyos, llamó a Jesús que estaba retenido preso y no había presenciado las últimas acusaciones que se le hicieron a la puerta del atrio.

«Jesús, pues, se presentó ante el Presidente.

»Y le preguntó el Presidente, diciendo:

«—Tú eres el rey de los judíos?»

Conoció Jesús que esto se lo habían dicho sus enemigos fuera, mientras él había estado dentro, y antes de responder al Presidente, le dijo con entereza y gravedad, como quien tenía autoridad y, más que reo, era juez, que podía serlo:

«—Eso ¿lo dices por tú cuenta? o te lo han dicho otros de mí?»

Desagradó a Pilatos esta pregunta de su reo, que no temblaba ante su presencia, sino que se permitía hacerle esta advertencia para que no se dejase sorprender de sus enemigos. Y por eso un poco enfadado y desdenoso respondió:

«—Pues ¡qué! ¿soy yo judío acaso? Tu gente y los pontífices te han entregado a mí! ¿Qué es lo que has hecho?»

Jesús, como si no se diese cuenta del enfado y desdén del Presidente, prosiguió a responder a la primera pregunta de que ya despreciativo y ligero parecía prescindir el Presidente y dijo:

«—Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, de seguro mis ministros lucharían para que no fuese yo entregado a los judíos, (a esos que me han entregado a tí); pero no, mi reino no es de aquí».

Conoció Pilatos que de una manera o de otra Jesús se declaraba rey, en lo que acababa de responderle, y por eso le dijo:

«—Luego tú eres rey?

»Dícele Jesús:

«—Bien dices, yo soy rey. Yo he nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz».

Manera de hablar era esta desusada, y tal que indicaba en el reo una preexistencia anterior a su venida al mundo. «Yo he nacido y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad...»; y además una misión singularísima y altí-

sima, dar testimonio a la verdad, enseñar al mundo dónde está la verdad...

Pilatos, que era un escéptico de tantos como abundaban en su tiempo en Roma, y que probablemente no sabía más filosofía, que el que no había filosofía ninguna, que es la más fácil de todas de aprenderse, sin entender del todo aquel discurso del Señor, pero viendo en él algo misterioso que acaso temía acabar de conocer, contentóse con decir desdeñosamente:

«—Y ¡qué es verdad?...»

»Y diciendo esto salió de nuevo a los judíos y les dijo:

«—Yo no hallo en éste causa ninguna».

No quiso aguardar respuesta de Jesucristo a su importantísima pregunta. Ni el Presidente se la hacía para obtener respuesta, ni para averiguar una cuestión filosófica, que tal vez temía ver descifrada, sino más bien para darle a entender que todo aquello era impertinente e inútil, puesto que no se sabía lo que era verdad, y que su destino y su propósito era bien cándido, puesto que pretendía resolver el problema de la verdad, que era insoluble para tantos sabios y para todos nosotros.

Mas persuadido, por todo lo que había oído entonces y por todo lo que de antes sabía, de que Jesús era inocente y de que en toda aquella trama no había más que el odio de los fariseos, salió fuera y resueltamente les dijo: Aquí no hay crimen ninguno, en ese hombre no hay delito para pena de muerte ni para ninguna pena. Yo no hallo en él causa ninguna.

Y debió de salir esta vez trayendo consigo al mismo reo, acaso con designio de devolverse lo.

Mas los fariseos y sanedritas, picados de lo que Pilatos les decía, comenzaron a descargar sobre Jesús una granizada de acusaciones acerca de muchísimos puntos, acumulando sobre él cuantas injurias podían.

Jesús callaba a todo, y no respondía una palabra, ni daba señal alguna de queja ni muestra de desaprobación.

Caso tan insólito no pudo menos de llamar la atención a Pilatos. Y volviéndose a Jesús, le dijo:

«—¿No oyes cuántos testimonios dicen contra tí?

»Mas Jesús no respondió una palabra más a nada de lo

que le decían. Tanto que el Presidente estaba extraordinariamente admirado.

»Ellos en cambio se envalentonaban y decían:

»— Está revolviendo al pueblo por toda la Judea comenzando desde Galilea hasta aquí.

»Pilatos en cuanto oyó Galilea, preguntó si aquel hombre era Galileo. Y en cuanto supo que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió a Herodes, que también estaba por aquellos días en Jerusalén».

Bien se veía que Pilatos estaba buscando un medio cualquiera de deshacerse de aquella causa que le hacía muy poca gracia, y en la que veía mucho enredo y compromiso, y que no sabía qué efectos iba a producir en el pueblo. Debía tener en primer lugar buen corazón, aunque poco constante, y así deseaba salvar al inocente. Pero al mismo tiempo debía de temer desagradar al pueblo, fuese cual fuese su sentencia. Así que en cuanto oyó Galilea, aunque estaba disgustado con Herodes, tal vez por alguna cuestión de jurisdicción, y acaso por eso mismo de estar disgustado, parecióle magnífica salida la de enviarle aquel reo, con lo cual se libraba él del compromiso, y, vendiendo el obsequio a Herodes, podría reconciliarle consigo de las pasadas rencillas.

269. JESÚS ANTE HERODES

(L. 23, 8-12)

No sé lo que les parecería a los fariseos de aquel corte dado a su asunto. Herodes, ciertamente era enemigo de Jesús. De él había dicho Jesús públicamente que era un zorro. Sus ministros no todos, pero los más eran amigos de los fariseos, y varias veces se habían coligado con ellos para armar lazos al Nazareno. Por este lado debió parecerles bien la determinación de Pilatos.

Mas por otro les disgustaría el interponer nuevas dilaciones, y también el impedimento que tendrían, si Herodes asumía la causa, de darle muerte pronta y muerte de cruz, como deseaban.

Fueron, pues, a Herodes con el preso de parte del Presidente.

Herodes, como ya lo dijimos a su tiempo, aunque ene-

migo de Jesús, atormentado por la muerte que había dado a Juan, algún tiempo anduvo temiendo si el Nazareno que predicaba en Galilea sería Juan que hubiese resucitado. Había seguido la noticia de sus misiones, oído sus milagros, escuchado sus alabanzas y sus vituperios, y como dice San Lucas, «se alegró mucho al ver a Jesús, porque estaba hacía mucho tiempo deseado verle, pues había oído mucho de él y esperaba ver cómo hacía algún milagro».

Naturalmente, un hombre que miraba las cosas al estilo humano, y estaba acostumbrado a que todo el mundo obedeciese a sus caprichos, no podía dudar de que el Nazareno haría en su presencia un milagro de tantos como hacía ante el pueblo. Como si los milagros fuesen espectáculo de prestidigitación, y juegos de manos para divertir a la gente. Y no dudaba que le complacería el Nazareno en cuanto comprendiese que su suerte estaba en manos del Tetrarca, y que de ganarse la voluntad de Herodes dependía su vida o su muerte.

Esperando, pues, pasar un día entretenido, recibióle con mucha alegría, propia de su vida fatua y mundana, y con ceremonia y fausto desplegando a su alrededor toda su guardia. Posó el Señor a su presencia. Tal vez allí a su lado estaba su cuñada, que con él vivía malamente, y su hija Salomé, y sus cortesanos, los que habían arreglado la prisión y muerte del Bautista, y habían contemplado su cabeza ensangrentada.

Todos se prometían un espectáculo de los más interesantes.

Cuando se presentó Jesús comenzó Herodes a hacerle mil preguntas.

«Mas él a nada respondía.

»Al contrario los príncipes de los sacerdotes y los escribas estaban instantemente acusándole».

¡Espectáculo fué aquel bien curioso! Por una parte Herodes y sus aduladores cortesanos deseado sacarle algún milagro y preguntándole para congraciarse muchas cosas y acosándole de mil maneras.

Por otro los sanedritas acusándole de más y más delitos, y recordando sin duda las cosas que contra el mismo Herodes aquel Nazareno había dicho.

Y en medio de ambos bandos Jesús sin hablar una sola palabra.

Fracasaron las esperanzas de todos. Fué un chasco enorme y una decepción general.

Herodes, que ni siquiera debía tener energía para airarse, se contentó con despreciar a Jesús. Y declarado el desprecio del tetrarca, declaróse también el de su guardia que lo rodeaba. Y todos convinieron en que aquel hombre era un fatuo, un insensato, un loco, digno únicamente de desprecio. Alguien entre los cortesanos, si ya no fué el mismo Herodes, propuso la idea de que se le vistiese de candidato y aspirante de rey, con alguna ropa o manto blanco. Y en efecto, sacaron una vestidura cualquiera blanca, tal vez alguna vieja y arrinconada de su amo, y se la pusieron burlándose de sus pretensiones como de las de un loco.

«Desprecióle Herodes, con todo su ejército, y vistiéndole de una ropa blanca le burló, y le remitió a Pilatos.

»Con esto se hicieron amigos Herodes y Pilatos aquel mismo día; porque antes eran enemigos uno de otro».

La causa de Jesús les sirvió de lazo de paz.

Así terminó este episodio de la causa de Jesús. El profeta anunciado y bautizado por el Bautista no se prestó a ser juguete del adúltero asesino de su Santo Precursor y primo. Lejos de eso, puesto ante la corte afeminada de Herodes, en aquella morada del escándalo y de la impureza, no quiso ni pronunciar una palabra, ni formar una sonrisa, ni prestar una atención. En el palacio de Herodes solo mostró la más soberana indiferencia.

270. JESÚS ES POSPUESTO A BARRABÁS

(J. 18, 39-40; 19, 1; L. 23, 13-23, 25; Mc. 15, 6-15; Mt. 27, 15-26.)

No le salió bien la traza a Pilatos; Herodes no resolvió nada y el Presidente hubo de recibir de nuevo al reo, remitido por Herodes, quien sin duda al mismo tiempo que le daba las gracias por su atención y deferencia le daría su parecer del personaje, diciéndole que más que un criminal veía en él a un pobre loco iluso, y que él hiciese lo que mejor le pareciese.

Llegó Jesús rodeado de mayor turba que antes, que iba

engrosando más y más cada vez, sobre todo desde que salió del Palacio de Herodes vestido de blanco, atrayendo con aquel disfraz llamativo y ridículo la curiosidad y las burlas de la plebe siempre soez e insultadora. El griterío y algazara de los que venían advirtió a Pilatos de que ya llegaban. En efecto, vió entrar a poco al preso ridículamente vestido de blanco entre alguaciles. Enteróse Pilatos de lo que pensaba Herodes. Y sabiendo que los príncipes y magistrados se habían detenido como antes a la entrada del pórtico, bajó de nuevo las escaleras del pretorio, y salió a la puerta. Llamó a los príncipes y a los magistrados y a toda la plebe y les dijo:

«—Me habéis presentado este hombre como revolvedor del pueblo, y ya habéis visto que preguntándole ante vosotros no he hallado en él ninguna culpa de esas de que le acusáis. Como ni tampoco Herodes; porque os he remitido a él, y ya veis que no le ha impuesto nada que merezca muerte. Voy, pues, a castigarle y a dejarle en libertad».

Furiosa debió ser la rabia con que los sacerdotes y escribas recibieron estas palabras que venían a destruir todos sus propósitos. Y furiosa hubiera sido, a no dudarlo, su respuesta si un rumor estrepitoso de gente no hubiera venido a turbar aquel diálogo y a distraer su atención y la del Presidente.

Desde el tiempo de la dominación romana, o más bien desde antiguo y en memoria de la liberación de Egipto, era costumbre que las autoridades, y entonces el Presidente romano, diese libertad a un preso, el que el pueblo pidiese.

Para obtener este favor venía ya alborotado un gran pelotón de plebe a la hora de costumbre, y por una de las calles desembocaba en la plaza en que los judíos discutían con el Presidente acerca de Jesucristo. Serían de seguro los más gente revoltosa y tronada, amigos y parientes de los presos, que venían a abogar por sus compinches, o por sus parientes, o por sus cabecillas, en fin, por quien cada uno más interés tuviese.

Y presentándose en tropel y con audacia ante el Presidente comenzaron a pedir les hiciese el favor que siempre les hacía.

Vió Pilatos en esto una hermosa ocasión de procurar la

libertad de Jesús. Acordóse de un preso insigne y famoso que tenía en la cárcel, llamado Barrabás, el cual estaba encadenado con los sediciosos, porque en una revuelta había cometido un homicidio. En vez, pues, de darles a elegir cualquiera, quiso forzarles a elegir a Jesús, obligándoles a escoger entre él y Barrabás.

Debió pensar el Presidente que entre Barrabás y Jesucristo nadie se atrevería a dudar. Debió también creer que la plebe no profesaría aquel odio que profesaban los sacerdotes y escribas a Jesucristo. Y que apelando al juicio del pueblo quedaría de seguro libre Jesucristo, pues estaba cierto que los sumos sacerdotes le habían entregado por odio que le tenían.

Con esto, fuese Jesús culpable o fuese inocente, el juicio terminaría y el compromiso en que se hallaba se desharía, sin quedar él disgustado con el Sanedrín.

Acudió, pues, al tribunal del pueblo. Y les dijo solemnemente:

«—Es costumbre vuestra que en pascua os suelte un preso. ¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, que se dice el Mesías?»

Y dejándolos para reflexionar un punto se sentó en su tribunal, para esperar y conferenciar con sus oficiales.

«Estando en su tribunal sentado le mandó su mujer un recado diciéndole:—No te metas nada con ese justo; porque yo he sufrido mucho en sueños esta noche por él».

¿Fué natural? fué sobrenatural aquel sueño? Mucho disputan los doctores. Pero, fuese lo uno o lo otro, todos conciben en que fué algo extraordinario en la providencia. Algunos creen que Claudia Procla, la mujer de Pilatos, conocía al Salvador y aun era adicta a la religión mosáica, prosélita y creyente, instruída además acerca de la persona y doctrinas de Jesucristo, por el centurión de Cafarnaún o por otros. Aquella noche debióse hablar en su tertulia no poco acerca de la prisión que se iba a hacer del Salvador, por los sacerdotes, pero con tropas prestadas por su marido. Acaso ya entonces quiso desenredar a su esposo de aquel negocio. Y ahora viendo que cada vez se metía más en él, no pudiendo llamarlo a su aposento, le envió al mismo tribunal con toda urgencia el recado.

A todo esto el tiempo volaba. ¿Qué hacía mientras tanto el pueblo?

El que estaba allí congregado no era en su mayor parte el pueblo de Galilea, ni el de los adictos de Jesús, que eran muchísimos, ni siquiera el pueblo independiente y piadoso, que buscaba la santidad. Era por una parte el pueblo comprometido con los sacerdotes, el pueblo judío que no amaba a Jesucristo, prevenido por los fariseos y sanedritas, y por otra el pueblo bajo, la chusma bullanguera, amiga de presos y encarcelados, compuesta de seguro de todos los sediciosos, malsines y pillastres de Jerusalén.

Y si bien estaban allí muchos que sin duda seguían y amaban a Jesús y sobre todo querían la justicia, pero no estaban a la cabeza ellos, sino las dos comisiones, digámoslo así, de los que o querían la muerte de Jesús, o querían la libertad de algún preso que les interesaba más que el Nazareno de Galilea.

Así, pues, «los príncipes de los sacerdotes y los ancianos concitaron a la turba y persuadieron a los pueblos que pidiesen a Barrabás, y perdiesen a Jesús». Se esparcieron pronto por entre la muchedumbre que deliberaba, y a voces, con gritos, con amenazas, con pérfidos sofismas y calumniosas mentiras, y hasta de seguro, como lo habían hecho otras veces, con amenazas de excomunión y anatema, fueron persuadiendo a todos los que galleaban y tenían fuerza y prestigio motinesco, y a todos los tímidos que pidiesen la libertad de Barrabás y reclamasen la muerte de Jesús.

Al que sepa lo que es el pueblo, al que conozca cómo en el motín los buenos, los honrados, los pacíficos, se callan, se retiran, pliegan sus labios, y doliéndose de la injusticia, no reclaman contra ella por temor al tumulto; al que haya visto, por el contrario, cómo en la revuelta triunfan siempre los bárbaros, los furiosos, los insolentes y criminales, porque audaces y violentos claman más, gesticulan más, se apoderan de los sitios más avanzados, se ponen al frente de las muchedumbres y arrinconan a los hombres de buen corazón, no le extrañará que los sacerdotes hubiesen podido persuadir al pueblo que eligiese a Barrabás. Mucho menos teniendo presente que los que en aquel tu-

multo estaban a la cabeza, llevaban la representación y estaban próximos al tribunal y a las puertas del Litostrotos, eran en su mayor parte judíos de Jerusalén, partidarios del Sanedrín, amigos de sediciosos, y acaso cómplices y compañeros de Barrabás.

Los amigos del Nazareno, galileos en su mayor parte, allí serían los menos tal vez, pues acampaban muchos en las afueras, estaban todavía viniendo y no se habían dado cuenta de todo lo que pasaba; tenían además el recelo de lo desconocido, que siempre tienen los provincianos, sobre todo los aldeanos, cuando vienen a la capital, cuyos elementos, usos y recursos, o les son desconocidos, o al menos no les son familiares.

Así que fácilmente pudieron persuadir los sacerdotes al pueblo lo que querían y formar una mayoría imponente aunque improvisada y en su mayor parte inconsciente.

Pasado, pues, el tiempo suficiente para deliberar, salió el Presidente, y teniendo allí a su lado a Jesucristo, les dijo:

«—A quién queréis que os suelte de los dos?

»A una voz exclamó toda la turba diciendo:

»—Quita a ese y suéltanos a Barrabás!»

Pasmado debió quedar Pilatos de tanta insolencia! Pero disimuló su furia, por no echar a perder sus planes, y pensando que si acaso por amor a Barrabás lo habían preferido a Jesús Nazareno, pero se alegrarían de que les diese otro preso y así amplificase sus privilegios, les habló con la intención nada disimulada de dar libertad a Jesús, y marcando con toda intención sus cualidades de Rey de los judíos y de Mesías, diciendo:

«—Pues qué queréis que haga de Jesús, del Rey de los judíos, que se dice Mesías?

»Y ellos clamaron todos de nuevo diciendo:

»—Crucifícale, crucifícale!»

¡Qué bien habían aprendido la lección de los sanedritas! Pilatos estaba desconcertado. No se explicaba lo que veía. Fuera de sí y lleno de vehemencia y de ira, aunque también de debilidad y cobardía, les dijo:

«—Pues ¿qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en él ninguna culpa de muerte. Así que le pondré un castigo y le daré libertad».

Sus voces se perdían en el tumulto. Cada frase de éstas era interrumpida por formidables gritos, que cada vez, según expresamente lo nota San Lucas, crecían más y prevalecían sobre la del débil Presidente, y decían siempre el mismo horrible estribillo deicida: «¡Crucifícale! crucifícale!»

Estaba vencida desde entonces la batalla. La masa se había declarado contra la justicia y contra la autoridad. El Presidente había desnudado su debilidad delante del pueblo. Había puesto en parangón a un Profeta santo y venerable, a un Legado divino y taumaturgo insigne con un sedicioso vulgar y asesino indigno. Había dejado su autoridad a merced de la plebe, dándole facultad de condenar a quien él mismo repetidas veces había declarado inocente. Había, en fin, empezado a ceder, diciendo que aunque le creía inocente y sin culpa, lo iba a castigar, por complacerles a ellos, pero exigiéndoles que después quedase en libertad. Estaba ya todo perdido, aunque todavía el Presidente juzgase otra cosa.

Por de pronto mandó soltar a Barrabás, y metióse dentro a dar órdenes.

271. JESÚS ES AZOTADO

(J. 19, 1; Mc. 16, 15; Mt. 26, 26)

Llamó a sus lictores y mandó que azotasen a Jesús, quedándose él, mientras se ejecutaba su sentencia, en las habitaciones interiores de la fortaleza Antonia, conferenciando sin duda con sus amigos y oficiales acerca del tumulto que se había armado, y buscando nuevos modos de salvar la vida de aquel inocente.

Era el tormento de la flagelación de los más terribles entre los romanos. El orador latino Marco Tulio Cicerón escribió uno de sus más insignes fragmentos de elocuencia describiendo el tormento de la flagelación dado a unos ciudadanos romanos por Verres. Y eso que a los libres solo se les azotaba con varas que llevaban en sus haces los lictores. Mas a los que no eran ciudadanos romanos se les podía dar y en efecto se les daba la flagelación con otros instrumentos, cuales eran riendas y correas de cuero, vergas de buey, ramales de cuerda, cuero o hierro con ruedecitas

de metal o pinchos de acero o bolas de plomo en los extremos, sartas de tabas de carnero o de otros huesecitos y nudos, con los cuales, como solían decir los que describían este tormento, cortaban, rajaban, desgarraban, rompían, abrían el cuerpo y las carnes del azotado.

En cuanto al número de azotes, la ley judía fijaba un máximo de cuarenta golpes, que los fariseos por escrúpulo habían reducido a treinta y nueve, y, cuando se daban con azotes de tres ramales, a trece. Pero Nuestro Señor recibía los azotes de mano de los romanos que no tenían tales órdenes.

Para mejor descargar los azotes, atábase al reo por las muñecas a una columna algo baja, obligándole así a presentar las espaldas a los golpes de los verdugos. La que tuvo sujeto a Nuestro Redentor se conserva en la iglesia de Santa Práxedes de Roma. Es una especie de pedestal o pilar de forma elegante, de mármol negro con vetas blancas, de sesenta centímetros de alto y cuarenta y cinco de diámetro en su base. En su cima tenía una argolla que ahora falta, a la cual estuvieron sujetas las muñecas de Nuestro Salvador.

Esta columna estaba en sitio público, donde todo el mundo pudiese presenciar el castigo dado al criminal.

Los lictores o verdugos eran de ordinario varios, dos, cuatro, seis, para que, si era necesario, se fuesen remudando. Y como es natural en esta clase de gente, solían ser hombres crueles, sin corazón, que a veces, si alguno que tuviese sentimientos nobles no se hallaba presente y se lo impedía, complacíanse en lucir su fiera destreza y fuerza brutal, teniendo a gala, en sus porfias de crueldad, el producir efecto en las víctimas, señalando mejor los cardenales, descargando con más tino sus latigazos, recorriendo con más refinamiento toda la piel, hundiendo con más profundidad las correas y las vergas en pecho, brazos, muslos y espaldas.

Cogieron, pues, a Jesús Nazareno los verdugos. Sacáronlo ante el pueblo que estaba agolpado ante el atrio fuera en la plaza pública. Desnudáronle delante de todos de sus vestidos. Ataron sus muñecas a la argolla. Quedaron inclinadas las divinas espaldas. Y a vista de todo el pueblo, que estiraba sus cabezas para verlo y fijaba sus miradas en el

cuerpo de su Dios desnudado ante ellos en el sitio y forma en que los villanos y criminales solían serlo, fué recibiendo Jesús sin quejarse, ni dar muestras de impaciencia, sino solo de augusto dolor una horrible granizada de azotes, con que en breves momentos quedó todo su santo y delicadísimo cuerpo cubierto de sangre, de heridas, de surcos sangrientos, de girones de piel desgarrada...

Cinco mil azotes dicen algunos que le dieron, y que tal fué la revelación hecha a una mujer, la cual no fué Santa Brígida, pues esta Santa no fija número ninguno. Yo soy del parecer de Suárez, quien dice que nada nos obliga a creer que tales revelaciones fueron verdaderas. La ley judía señalaba cuarenta. La ley romana señalaba, en ciertos casos al menos, sesenta y seis. Estos eran tan horribles que a veces bastaban para que el flagelado muriese sin necesidad de otro tormento. Pero Jesús era flagelado sin más ley que la ley de nuestros pecados, y de la rabia del pueblo judío.

No son necesarias inútiles ponderaciones. Ni la sublimidad, el misterio, la incomprendibilidad de la flagelación estriba en el mayor o menor número de golpes.

Lo terrible, lo estupendo, lo maravilloso es que Jesucristo, que nuestro Dios, que nuestro Señor haya sido azotado, y azotado por mi causa!

¡Esto, esto, Señor mío, es lo admirable! que tú te hayas dignado dejarte desnudar en la plaza pública, y ser golpeado, y cubierto de llagas y de sangre por mí!...

¡Qué más queréis, oh lectores míos! que os diga? Si no os mueve el espectáculo que consideráis ¿qué os van a mover mis palabras?

272. JESÚS ES CORONADO DE ESPINAS Y BURLADO

(J. 19, 2-3; Mc. 15, 16-20, Mt. 27, 27-30)

Acabó la flagelación. Mas no acabó ni la rabia de los judíos, ni la insensibilidad de los soldados.

Era preciso retirar al reo ensangrentado, para dejarle respirar y descansar un poco, y para aguardar las órdenes del Presidente, que, según había dicho, lo quería soltar.

Cubriéronle mal o bien con sus vestidos y lo retiraron adentro al pretorio.

El Presidente tardaba. Tal vez estaba aguardando que las turbas satisfechas se disolviesen, que acabasen así sus rugidos y reclamaciones, y que libre de ellas pudiese salir Jesucristo, aunque maltratado, con vida.

Mientras el Presidente tardaba, los soldados se propusieron divertirse a costa de Jesús.

Hiciéronle sentarse en un poyete que aún se muestra, y se llama la Columna de los improperios.

Congregaron a toda la cohorte alrededor de Jesucristo. Quitaron a éste los vestidos que, acabada la flagelación, le habían echado encima para cubrirle. Y sacando yo no sé de dónde una clámide vieja de púrpura, color propio de reyes, de emperadores y generales de ejército, se la echaron a las espaldas.

—Vamos a coronarle de rey— se dijeron—recordando y completando la fiesta que tratándole de candidato habían celebrado en casa de Herodes sus camaradas los soldados de la otra guardia.

Y crueles, al mismo tiempo que burlones, formaron o encontraron un arco de juncos, que se conserva en el tesoro de Nuestra Señora de París. Rodeáronle de espinos entrelazados entre sí, y con gestos cómicos y grotescas reverencias, colocaron la horrible corona de espinas en la sagrada cabeza de Nuestro Señor, hincando en sus sienes y en su frente veneranda las afiladas púas de aquellas ramas de ramno.

No inmutó el sereno rostro el dolor de la frente traspasada, pero hilos de roja sangre corrieron por la sagrada faz, que en breve quedó tristísimamente desfigurada.

Entonces añadiendo burlas a burlas, y sarcasmos a los dolores, tomaron una caña, y cogiéndole los dedos de las manos amarradas, se la pusieron entre ellos, queriendo simular el cetro de rey.

Luego todos los soldados, formando como guardia de honor, comenzaron a acercarse a él, y desfilando ante su presencia, doblaban al pasar su rodilla, y le adoraban, y le saludaban diciendo:

«—Salve, rey de los judíos.

»Y escupiéndole le tomaban la caña, y herían su cabeza, y le daban bofetadas».

Resonarían las carcajadas por la sala, porfiarían los groseros soldados a quién inventaba un insulto más chusco, abriríanse más y más las heridas de la frente al clavarse las espinas por los golpes de la caña, afearíase cada vez más la cara de Dios, al irse amontonando en ella la sangre de las heridas, el sudor de la frente, las salivas de los soldados, y el polvo de la estancia.

Ya era hora de que el Presidente se enterase de su obra, y contuviese a aquellos sayones, que tanto traspasaban sus mandatos, si ya no es cierto lo que algunos creen, que él mismo por su debilidad, por sus criminales contemporizaciones, por sus cobardías, aconsejó al jefe de los soldados que lo maltratasen bien, para que así se contentasen más los judíos.

Mal le salían los planes, porque el pueblo perseveraba firme pidiendo a las puertas del atrio la crucifixión del reo.

273. ECCE HOMO!

(J. 19, 4-16)

Entonces Pilatos se llegó a la sala en que estaba el preso. Apartáronse todos los soldados, y quedó el Salvador expuesto a las miradas del Presidente, que siendo de buen corazón aunque cobarde, no pudo menos de conmoverse ante semejante espectáculo.

Sin decir palabra, tomó de la mano al reo, trájolo consigo afuera, y en vez de bajar la Escala Santa, asomóse primero él solo a un balcón que estaba sobre los arcos del atrio, y desde allí llamó la atención del pueblo para pedir silencio, y dijo:

«—Os lo traigo afuera para que conozcáis que no hallo en él culpa ninguna.

»Salió, pues, Jesús, trayendo la corona de espinas y el vestido de púrpura. Y les dijo:

«—*Ecce Homo!* Veis aquí al hombre!

Entonces se desarrolló en aquella plaza la más horrible escena que imaginarse puede.

»Al verle los pontífices y los ministros comenzaron a gritar, diciendo:

»—¡Crucifícale! crucifícale!

»Díceles Pilatos:

»—Tomadle vosotros y crucificadle. Porque yo no hallo en él causa ninguna.

»Respondiéronle los judíos:

»—Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo hijo de Dios».

No habían dicho esto antes al Presidente. Y si lo decían ahora, era más bien, según yo creo que excitar al pueblo, que era lo que entonces importaba, que por persuadir al Presidente. A éste, lejos de persuadirle esta acusación nueva, le aterró más y más. Tanto que al oír esto volvió a tomar a Jesús y metióse de nuevo en el pretorio con él a solas, y le dijo:

«—¿De dónde eres tú?

Ya sabía que era de Galilea, pero entonces preguntaba por otro origen, porque había oído decir que se hacía Hijo de Dios. Y eran tantos los misterios y maravillas que venía observando, que no pudo menos de fijarse en la idea, y pensar a su manera y según sus mitologías e historias de los dioses romanos falsos, si en efecto tendría delante a un dios, o a un hijo de algún dios. Por eso le preguntó:

«—¿De dónde eres tú?

»Pero Jesús no le dió respuesta ninguna».

¿Para qué había de responder a aquel juez inicuo que confesaba que no hallaba culpa ninguna en el Nazareno, al mismo tiempo que lo presentaba deshecho ante el pueblo?

Picóse un poco Pilatos, que debía estar muy excitado, y le dijo:

«—¿A mí no me hablas? No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para librarte?»

Bien poco se conocía, y bien poco usaba de su poder. Y esta fué su propia condenación. Pero no quiso Jesús dejar pasar aquella arrogante presunción de autoridad sin protesta, para que no pareciese por su silencio confesarse inferior a su juez. Y abriendo aquellos labios que hacía ya tanto tiempo los tenía cerrados, dijo con divina gravedad:

»—No tendrías sobre mí poder ninguno, si no se te hubiese dado de arriba. Por eso el que me ha entregado a tí tiene mayor culpa».

Desde entonces, Pilatos andaba buscando el modo de librar al Nazareno, con más empeño que antes. Pronto debieron caer los judíos en la cuenta de que su última forma de acusación, si bien excitaba al pueblo, como religioso que era, a pedir la muerte del que llamaban blasfemo, pero en cambio era mayor obstáculo para que el Presidente condenase a Cristo. Cambiaron, pues, de nuevo de táctica, y viendo vacilar a Pilatos, que acaso conferenciaba allí delante con sus oficiales, clamaban gritando:

«—Si das libertad a ese, no eres amigo del César. Porque todo el que se hace rey a sí mismo va contra el César».

Esto acabó de anonadar al débil Presidente. Al oír este clamor, temeroso de incurrir en desgracia del César, sacó fuera consigo a Jesús, sentóse en el tribunal que pusieron en el Litóstroto o Gábbata, y viendo que nada adelantaba sino que arreciaba el motín, mandó traer agua, y delante del pueblo se lavó las manos, según ceremonia antigua, cuando uno quería salirse de una causa, y dijo:

«—Yo soy inocente de la sangre de este justo; vosotros lo veréis.

»Y respondiendo todo el pueblo, dijo:

»—¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

¡Infelices! ya lo fué! y lo es sobre sus hijos! y lo será sobre sus nietos hasta el fin del mundo.

»Era la parasceve o preparación de la pascua, y poco más o menos las seis, y dijo Pilatos a los judíos (sin duda al ir a entregarlo a los lictores):

»—He aquí vuestro Rey!

»Respondieron los pontífices diciendo:

»—No tenemos más rey que a César!

»Entonces Pilatos se lo entregó para que fuese crucificado».

274. EL CAMINO DEL CALVARIO

(J. 19, 16.17; Lc. 23, 26.27; Mc. 15, 30; Mt. 27, 31)

Dada estaba ya la sentencia. El Presidente volviéndose